

ojos a la realidad y mucho menos que la honda pupila del novelista se encandile o se pierda en la nebulosa de un optimismo estólido. Numerosos personajes de Alejandro Kuprin y de Dostoiewski salieron a la escena novelística con harapos y la boca podrida y a pesar de ello, la fuerza de sus naturalezas ascendió hacia un plano universal. El dilema estaría en descubrir si en la atmósfera elegida por Guerrero pudieron verse los ambientes y los hombres de otro modo, sin vulnerar la realidad o si el novelista, con ojo astigmático o prejuicioso, deformó la visión, con el ánimo de exhibir, sin decirlo, la causa remota de toda esa lacra social. Ninguna novela que no sea un simple juego de artificio, renuncia a la tentativa de acusar una realidad infamante, devolviendo la miseria que se nos ha volcado encima, en el sueño pormenorizado de la creación artística.

Pero aunque aceptemos como defectos tales características en esta obra de Leoncio Guerrero, queda un impulso narrativo nunca extraviado, y un potente registro desde la primera página hasta la última, aparte de cierta elaboración de fondo racional donde el ímpetu está sorprendido por el método de trabajo. La creación de la obra artística no es más que un sostenido lanzar de flechas, desde un arco tenso. A veces, la carne del arquero se rompe, en otras ocasiones, como en el caso preciso del maulino Leoncio Guerrero, la piel se endurece, la vista se aguza y el creador logra una totalidad sin mengua, uniforme, a ratos cristalina y resplandeciente, como el fluir de las más tenaces olas.—L. A. M.

■

“ALFONSO REYES, ENSAYISTA. VIDA Y PENSAMIENTO”, de *Manuel Olguín*. Ediciones de Andrés. Vol. II, colección “Studium”.
México, 1956

A la copiosa bibliografía sobre Alfonso Reyes, viene a sumarse esta obra del profesor chileno, muerto en marzo del año pasado. No es un estudio más sobre “el mexicano universal” ni una revisión más

sobre su fecunda producción. Es el análisis minucioso de la obra ensayística de Alfonso Reyes.

Con un loable espíritu pedagógico, Manuel Olgún dio primero un esquema biográfico del escritor; luego, una presentación del ensayo como forma literaria y, por último, el propósito que persigue con su monografía. Los datos bibliográficos acerca de Alfonso Reyes pueden ampliarse gracias a las abundantes fichas que proporciona en el mismo trabajo.

Al concretar el concepto de ensayo se toman las ideas de Merardo Vitier y las del mismo autor comentado: *síntesis de lirismo y comunicación ideológica e ilimitada temática, género híbrido entre poesía y literatura científica* (página 10). Este concepto permitió a Manuel Olgún considerar en su trabajo a un Reyes múltiple y, como lo dice textualmente, un Reyes “que va de la breve nota hasta el extenso trabajo doctrinal, sobre los más variados tópicos de la experiencia y la cultura” (página 11).

El propósito del comentarista fue claro: con un criterio estrictamente cronológico, revisar la producción ensayística del mexicano para mostrar, reseñando, sus modalidades, preocupaciones e ideales.

La obra tiene cuatro capítulos y dos apéndices bibliográficos: uno, de las obras de Alfonso Reyes y el otro, de crítica acerca de ellas.

El primer capítulo considera el período anterior a la revolución y en el que Reyes se inicia como escritor. Se da la visión social y cultural de la época, la situación política y se aprecia a don Alfonso como integrante de la Generación del Centenario, generación que “más bien que de poetas era de ensayistas, filósofos y humanistas autodidactos” (página 14). Vemos la tarea que se propuso el grupo y el medio en el cual le correspondió actuar: el México de la era porfirista. Un ambiente de pasividad, de inercia medieval: el liberalismo político dieciochesco, totalmente ajeno al momento histórico; el positivismo, enarbolando la verdad de las ciencias modernas que restringían el espíritu y anquilosaban el pensamiento, desconocía al

hombre; Francia modelo y meta de los artistas. Se ignoraba lo que eran los mexicanos y lo que México podía dar.

El proceso de *aventura* y *orden* que se da a través de la historia viene a confirmar una vez más la teoría de Guillermo de Torre. La época porfirista correspondía a una época de *orden*. El orden sistema. Luego, la revolución cultural de la generación del 900 como respuesta y consecuencia de la revolución política: *la aventura*. "La aventura es juventud, corresponde a las polémicas y a las generaciones innovadoras" . . . Y a los productos elaborados de la madurez se adelantan los productos espontáneos de la adolescencia. Para Reyes y sus amigos, la aventura se llama justicia social y el orden, indignidad.

Observamos también la puntualización de las campañas de renovación cultural emprendidas por ese núcleo de jóvenes idealistas que pedía educación del público y de los estudiantes en conferencias populares, ateneos y cursos universitarios abiertos a todos. Que pedía lo que más tarde llegó a fundirse con la filosofía social del escritor mexicano: lograr con el cultivo de las disciplinas del espíritu un acercamiento entre los pueblos, pasando siempre por una etapa de autoconocimiento.

* * *

Al respecto, hemos comprobado que en el primer cuarto del siglo hay un fervor americanista que vuelve los ojos de los americanos hacia su tierra y sus hombres. Un afán de cantar lo que para otros ha pasado inadvertido, usar una lengua nueva para decir lo nuevo, otro matiz para plasmar otra realidad. Palpamos el caso de México. Vemos cómo el grupo del cual nos ocupamos pretendía, por una parte absorber la cultura clásica griega y latina, sin desestimar la alemana, la inglesa, la española y la francesa y por otra, extraer desde el mismo suelo la expresión autóctona de lo nativo. Ir en busca de su esencia y poseerla. Esta preocupación se concreta en la obra de

Alfonso Reyes de ese tiempo con: *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX* y con *Los poemas rústicos de Manuel José Othón*.

El fenómeno de *introvisión* también lo tenemos en Chile. Después del 900, ya saturados de creación *a la francesa* nuestros artistas sienten la necesidad de descubrir a Chile y a los chilenos. Abandonan los salones y dejan de preocuparle los *trasplantados* para volver la mirada hacia el campo, las minas, las fábricas y el mar. Brotan los criollistas tratando de enfocar la realidad del pueblo y surge una nueva literatura, un nuevo teatro, una nueva política que aspira ser reflejo de la vida misma. Aquí están *Sub Terra* y *Sub Sole*, de Baldomero Lillo; *Los hombres oscuros*, de Nicomedes Guzmán; de marcadas tendencias naturalistas. Cuadros de corte criollo costumbrista en las obras de Mariano Latorre, Manuel J. Ortiz, Eduardo Barrios, Luis Durand y en los poetas como Diego Dublé Urrutia, Carlos Pezoa Véliz, Pablo de Rokha, Pablo Neruda; en los dramaturgos, Antonio Acevedo Hernández y Armando Moock, y en los ensayistas críticos Pedro Nolasco Cruz, Emilio Vaïsse, Enrique Molina, Armando Donoso, Alone, Ricardo Latcham para citar algunos.

Esto mismo ocurrió en la generalidad de los países hispanoamericanos. Tal vez el último en experimentarlo sea Bolivia. Allí, después de las derrotas bélicas y específicamente después de la Guerra del Chaco —en la que el pueblo participó sin tener conciencia de que defendía a la *Patria* y sin saber lo que *nacionalidad* significa— se dio la visión hacia adentro. Los bolivianos se miraron por primera vez desde los tiempos de la dominación española y comprobaron que eran extraños para ellos mismos. Surgió, o está surgiendo, la creación artística en busca de la expresión propia —por acordarnos de Henríquez Ureña— y ven luz los primeros intentos de definición del hombre de Bolivia.

* * *

A este período pertenece *Cuestiones estéticas* sobre el cual Manuel Olgún llama la atención porque allí, dice, hay atisbos de las

futuras obras. Ya podremos comprobar esta afirmación cuando tengamos en las manos las *Obras Completas* del mexicano que acaba de editar el *Fondo de Cultura Económica*.

Los dos capítulos siguientes traen la trayectoria de Alfonso Reyes a través de Europa y América. Lo vemos en España vinculado a eminencias de la lengua y de la literatura que influirán en su formación de humanista y de estudioso de la literatura: Marcelino Menéndez y Pelayo, Tomás Navarro, Antonio Solalinde, Américo Castro, Ortega y Gasset. Se destacan la personalidad del autor comentado, sus viajes que lo llevan por capitales americanas en función de su cargo diplomático y la tarea que se ha propuesto: “*fomentar entre los pueblos el mutuo conocimiento y la comprensión mediante el estudio y la divulgación de sus respectivos valores*” (página 69).

El cuarto capítulo resulta para nosotros el de mayor interés: reúne la producción ensayística que es el fruto de la experiencia, la erudición y la sistematización. Es aquí donde Manuel Olguín se revela como conocedor del trabajo y de la idea de Alfonso Reyes. “Nadie como él conoce su obra” dijo éste en una oportunidad.

Primero es una presentación de los ensayos que se dan en este período y que consulta el regreso de Reyes a México: *Grata Compañía, Simpatías y Diferencias, Anclajes, Sirtes, La última Tule*, y los que tienen mayor valor para nosotros, porque son el sustento concreto de una teoría de la literatura: *La crítica en la edad ateniese, La Antigua Retórica, La Experiencia Literaria, El Deslinde y Tres puntos de exegética literaria*. Luego viene el estudio cuidadoso. Las páginas dedicadas a este análisis son de una precisión que recuerda en mucho el estilo del mexicano: frase corta, incisiva, ágil, nerviosa y amena. Y la forma del estudio también: primero es el análisis, el esquema; en seguida la conclusión. Ya lo dijo Ermilo Abreu Gómez en *Sala de retratos*: “Reyes es analítico antes que sintético. Prefiere la aritmética a la geometría”.

La revisión de *El Deslinde*, lo más elaborado de Reyes, resulta también lo más serio del libro que comentamos. La tarea que aquél se fijó, señalar los límites entre literatura y no-literatura, la llevó a

cabo destacando el problema desde tres puntos de vista: el deslindamiento preliminar entre literatura en pureza —y no literatura pura— y la literatura ancilar; deslindamiento entre historia, ciencia de lo real y literatura y deslindamiento entre matemática, teología y literatura.

En la primera etapa ya nos encontramos con las primeras formulaciones que podrían dar cuerpo a una teoría de la literatura. Esto no es una suposición antojadiza ya que el mismo autor mexicano lo dice en las páginas iniciales de su obra: “Este libro es el primer paso hacia la teoría literaria”. Y Manuel Olgún que lo sabe, pone especial cuidado en concretar los fundamentos de esa teoría. Algunos conceptos que nos parecen primarios y fundamentales son, entre otros: *la teoría literaria* es un estudio filosófico y, propiamente, fenomenológico. *Literatura*, en sentido técnico, toda manifestación mental por medio del lenguaje hablado o escrito. *Literatura en pureza*, aquélla en que la expresión agota en sí misma su objeto. *Literatura ancilar*, la expresión literaria que sirve de vehículo a un contenido y a un fin no literarios. *Arte “desentimentado” antes que “deshumanizado”* el que quiere la emoción de la inteligencia y de la sensibilidad afinada y se opone a lo sentimental mediocre.

En la segunda etapa del deslindamiento observamos de qué modo la literatura, por el carácter de universalidad que posee, puede dar préstamo a la historia y a la ciencia. Esto tiene como resultados la novela histórica y la antropología, por ejemplos.

La revisión de la segunda tríada teórica: matemática, teología y literatura que corresponde a la última etapa de ese delimitar y que no dio Manuel Olgún acarrea algunas consideraciones muy interesantes. *La matemática y la literatura tienen algunos contactos “simpáticos”*: ambas guardan relación con la estética ya que la matemática tiene su guía estética que le permite sostenerse en regiones ajenas a toda experiencia del mundo externo; ambas tienen cierta particularidad de perennidad o permanencia en la verdad; ambas son inmanentes y en ambas hay libertad: libertad de postulación en una y libertad de ficción en la otra. La gran barrera que las separa viene de la *intención*,

ya que en matemáticas se enlaza con contenidos de saber específico, de saber especializado y en la literatura, con contenidos de saber semántico. Ambas trabajan en la abstracción por diferentes grados y de distinta intención semasiológica.

Entre *Literatura y teología* la delimitación es también precisa. Se parte de la base de que la teología se acerca a Dios por dos caminos: revelación y razón y que se da en dos métodos: la patrística y la escolástica, ambos poéticos. Tomando la revelación, eliminamos el sustento místico y la aplicación práctica y queda el residuo histórico que puede denominarse *historia sagrada*; en la teología racional queda un residuo intelectual que toca la ciencia del conocimiento de Dios. En los métodos se da la valoración de ancilar para la patrística y la sustantiva para la escolástica y en las dos queda un residuo formal o concepto de lenguaje literario. Cuando la teología recuerda el valor de la interpretación alegórica, nos encontramos frente a una valuación poética. Y la expresión mística conserva un valor literario de íntimo apego semántico. Las diferencias nacen de la diversidad de los entes que son el fin y principio de la teología y la literatura; el ente divino impone al sujeto su existencia mientras que el pensamiento literario es el solo creador de su criatura. El ente divino es uno, intemporal, real —con realidad mística—. El ente literario es múltiple y particular, se da en un suceder singular intencionalmente ficticio, subjetivamente intemporal; pero su ser y su suceder se confunden.

Hasta aquí *El Deslinde*.

Manuel Olgúin sólo da el estudio de las dos primeras etapas; pero esto no resta méritos al trabajo. El resumen que presenta incita al conocimiento de la obra de Alfonso Reyes y la tarea de interpretación revela la posesión de su teoría literaria. A través de su visión sabemos apreciar al mexicano. Podemos sondear su alma y comprender el impulso vital, el impulso de la intuición y del instinto. Reconocemos en él su confianza en la desdeñada razón, como apunta Pedro Henríquez Ureña. Sabemos de su humanismo social que da América al mundo y quiere el mundo para América... y todo lo que esto significa.

Aunque el estudio de Manuel Olgúin se hubiera centrado sólo en el tratamiento de *El Deslinde*, eso hubiera bastado para recibir el respeto y la consideración de los estudiantes y estudiosos de la obra de Alfonso Reyes, humanista y teorizador de la literatura.—*Rosaura Mendoza C.*

■

“MOTHER AND SON”, de *I. Compton-Burnett*

Es esta la última novela de una eximia escritora inglesa contemporánea, relativamente desconocida en los pueblos de habla hispana. Los críticos de su propio país, incluso, se han demorado años en reconocer la calidad y habilidad extraordinarias de esta mujer que, a lo largo de tres décadas, ha venido escribiendo, calladamente, novelas con títulos sobrios y ambiguos. Recordamos entre ellas a *Brothers and Sisters*, *Men and Wives*, *More Women than Men*, *Daughters and Sons*, *A Family and a Fortune*, *Parents and Children*... y ahora, *Mother and Son*.

Las obras de Ivy Compton-Burnett llevan un sello personalísimo que se resiste a cualquier encasillamiento dentro de las clasificaciones usuales; es un caso aislado y único en el historial literario de Inglaterra. Siempre tuvo adeptos —ya en 1929 Arnold Bennett la señaló como una gran novelista— pero ellos pertenecieron a la “élite”, a la selecta minoría de lectores sensibles a la calidad sutil y escurridiza, de captación difícil, más compensadora. En el curso de los últimos diez años sus obras han llegado tardíamente a la masa del público, merced al creciente interés de los críticos que escriben en diarios y revistas de gran tiraje. No obstante, las características de su obra son tan peculiares como para disuadir a muchos de seguir leyéndola, y por tal razón Miss Compton-Burnett no será nunca una escritora de aceptación universal. Deleita, pero también repele. Sus personajes viven en un mundo postvictoriano de casas amplias y grises, con el protocolo estricto que rige los ambientes de una clase